

HISTORIA Y LUGAR COMUN

Escribe: ARTURO ABELLA

Se ha dicho que cada generación revisa la historia de su país de una manera diferente a las anteriores. O mejor aún: se la revisan sus historiadores y narradores. No es el caso colombiano. A partir de la independencia, punto más punto menos, las diversas generaciones han asistido a un mismo curso de historia. Los relatores de la independencia dejaron el modelo. El modelo se reprodujo por años. Y de no ser por las "Memorias" y por la aparición de documentos incidentales, la versión oficial seguiría intacta. Las generaciones actuales —ya se ha dicho— se encontraron, al conmemorarse el sesquicentenario con el hecho de que no sabían historia. Los mantenedores de los juegos florales de ese 20 de julio, tuvieron que reconocerlo. La conmemoración estatal y académica se redujo a reimprimir los viejos lugares comunes y a trasladar las estatuas de una plaza a otra.

Y a controvertir sin combatir algunas tesis opuestas a la "verdad" histórica oficial. Y sin confrontar relatos "heterodoxos" con la realidad histórica. Es la apelación al recurso del NO, a falta de razones y a falta de criterio. Así clamen los documentos que lo dicho oficialmente, es una parte de la historia. Pero no la verdadera historia nacional.

* * *

Las líneas anteriores tienen la siguiente explicación: si las nuevas generaciones no hacen una historia diferente —en manera alguna para alterar los hechos— repetirán el curso de las anteriores. Vivirán de una historia copiada y en buena porción, inexacta. Las generaciones anteriores se limitaron a leer lo escrito. Y no todo lo escrito era cierto. Es verdad que el 20 de julio se produjo un hecho histórico. Y que el hecho tuvo tales y cuales protagonistas y ocurrió dentro de estas y aquellas horas. Cierto. ¿Por qué se sucedió el hecho? Porque —según la historia oficial— los criollos no habían tenido en trescientos años y no tenían en esa época, derecho a cargos públicos. Y todos estaban en los cargos públicos. Ahí ya cambia la filosofía del hecho histórico. Y esto ~~no~~ lo quieren ver los defensores del lugar común.

Otro hecho histórico: en 1816 las tropas del general Pablo Morillo ocuparon a Santafé. Sobrevino un gobierno que se conoce en la crónica

nacional como la "época del terror". Fue Morillo el único responsable de las tropelías que siguieron a la reconquista? ¿Hubo o no hubo colaboradores criollos en ese régimen? ¿Si los hubo, cuáles fueron y cómo actuaron? No se ha referido, hasta el momento, esa historia completa. Los dos clásicos de nuestra historia, Groot y Restrepo le consagran pocas páginas. Parece como si hubiera algo que ocultar. Y revisada esa historia se puede afirmar que sí hubo mucho que ocultar.

En consecuencia, los jóvenes que quieran saber para dónde van, tienen que saber de dónde vienen. Esta es una antiquísima tesis para hacer historia. En ese punto surge una falla colombiana más o menos esbozada inicialmente: si la clase dirigente no sabe historia y no sabe de dónde viene, le queda muy difícil saber para dónde va. Si desconoce la raíz del problema vuela a ciegas hacia el futuro histórico. Si ignora la clave de la cultura hispanoamericana, no le encuentra salida al porvenir nacional.

* * *

La juventud está obligada a conocer la historia de los partidos. Que no es como se ha relatado a través de muchas generaciones. No hay conservadores y liberales porque Bolívar y Santander lo fueron. Y es muy posible que los programas de unos y otros no se ajusten a las doctrinas. ¿Fue conservador don Mariano Ospina Rodríguez, co-autor del "programa conservador" del 49? ¿Mosquera fue conservador o liberal? No vendría mal un análisis de fondo a ese respecto. Con seguridad los jóvenes conservadores y liberales que investiguen el proceso van a encontrar más de una sorpresa y más de un dato inexacto, en la ubicación doctrinaria de sus respectivos próceres.

Se habla en determinados círculos de irreverencia. Cuando el historiador sin ataduras sentimentales opina y se enfrenta con la "historia oficial", hay irreverencia. No vale nada el "cargo". Y no se le debe tener miedo a luchar contra el lugar común. Pero ello no puede hacerse a la topa tolondro, sin pruebas o por "snobismo". La única manera de combatir el error es con una documentación invulnerable.

El Archivo Nacional espera desde hace mucho tiempo que se le modernice y organice. Y espera también a la llamada "juventud estudiosa". Sin este apoyo documental vanos serán los intentos por salir de las tinieblas que separan la leyenda y el lugar común, de la verdad histórica.